

HOMENAJE A LUIS LEÓN HERRERA (1925-2010)

DAVID SOBREVILLA

LUIS LEÓN HERRERA, DESDE FUERA Y DESDE DENTRO

TESTIMONIO



Conocí a Luis León Herrera hacia 1975 cuando comencé a enseñar, además de la Universidad de San Marcos, en la Universidad Peruana Cayetano Heredia. Lucho dictaba por entonces un curso de lengua y literatura que era enormemente exitoso: muchísimos jóvenes estudiantes de medicina y ciencias aprendieron con él a leer textos, escribir correctamente y a amar la literatura. El profesor alterno, un muy buen lingüista que trataba de imbuir en los alumnos las reglas más exactas de su disciplina, no podía competir con la gracia y el desenfado con que León Herrera desarrollaba sus clases siendo festejado por los estudiantes.

Lucho se encontraba por entonces en la plenitud de sus condiciones físicas e intelectuales y causaba una impresión extraordinaria: era alto, delgado, blanco, siempre bien vestido de terno, corbata y muchas veces con chaleco, llevaba una varita en la mano, siempre lucía una gran sonrisa y tenía una barba y bigote cuidadosamente recortados. Le encantaba llamar la atención e involucrarse en las conversaciones con observaciones ingeniosas y disparatadas. Yo era amigo desde mucho antes de su hermano menor José (Pepe) León Herrera, un gran indólogo de tez morena, hablar calmado y al que más bien no le gusta atraer la atención. Le manifesté que había conocido a Lucho y que me parecía muy brillante, y Pepe me replicó: así es, pero es a la vez: ¡un poco loco! Y así era, porque Lucho podía atropellar con toda facilidad las reglas habituales de trato.

Poco después comenzamos a vernos con mayor frecuencia, porque almorzábamos juntos en la Cafetería de la Universidad en una mesa con otros profesores. Era un festejo intelectual asistir a esos almuerzos –frugales en lo material, pero ricos en ideas, observaciones y tomaduras de pelo– y participar en las conversaciones que allí se desarrollaban. Allí se daban cita el Rector Enrique (el “negro”) Fernández Enríquez, los exrectores Carlos (el “choclo”) Monge

Cassinelli y Alberto Cazorla Tálleri, el médico Ramiro Castro de la Mata, Francisco Miró Quesada Cantuarias, Leopoldo Hipólito Chiappo, a veces Duccio Bonavía y muchos otros notables intelectuales. En ocasiones Lucho y Chiappo se enfrascaban en lo que llamaban un ejercicio de “esgrima socrática”, una exhibición de habilidad argumentativa: perdía quien no podía oponer al contrincante rápidamente un argumento contundente.

Los años 1976 y 1977 organicé dos multitudinarios ciclos de conferencias auspiciados por la Universidad Peruana Cayetano Heredia en la Municipalidad de Miraflores sobre literatura y filosofía alemanas, respectivamente, y en ambos participó Lucho con conferencias muy aplaudidas y comentadas sobre Franz Kafka y Arthur Schopenhauer, un escritor y filósofo a los que admiraba muchísimo. El me ayudó a organizar estos ciclos, y para ello nos reuníamos en su casa, donde León Herrera congregaba regularmente una tertulia de amigos con los que se comentaba las novedades sociales, políticas y culturales del momento, y muchas veces Lucho nos leía sus textos. Tiempo después, cuando *El Comercio* fue devuelto a la familia Miró Quesada, León Herrera comenzó a publicar tímidamente primero y frecuentemente después en “El Dominical” algunos textos a invitación de Francisco Miró Quesada quien había por entonces reasumido su dirección.

LUIS LEÓN HERRERA, DESDE FUERA

El personaje público

Visto desde fuera, Lucho podía parecer ingenioso y brillante, pero a la vez superficial y algo frívolo. Y en cierta forma lo era: le encantaba asistir a conferencias, presentaciones de libros, inauguraciones de pintura, bodas, agasajos, y ser el centro de muchas de las conversaciones que se dan en estas circunstancias. Siendo consciente de su apostura, fácil palabra y elegancia, le gustaba encandilar a las mujeres, rodearse de ellas, que lo adularan y celebraran sus ocurrencias. A mí que, por el contrario, me aburren estas invitaciones y

trato de evitarlas, y cuando no puedo lograrlo y debo asistir a algunas me retiro cuanto antes, me criticaba Lucho por esta forma de comportamiento. Sin embargo, hacia el final de su vida me confesó que había perdido inútilmente su tiempo en dichas conversaciones insustanciales en las reuniones a las que iba, y que mejor habría hecho si lo hubiera aprovechado en leer, escuchar música o en escribir. Le respondí que si lo había pasado bien no había sido un tiempo malgastado, y me contestó melancólicamente que no estaba seguro de que así hubiera sido.

Lucho era un gran actor, con una voz poderosa impostada naturalmente. Estos recursos los utilizaba maravillosamente como profesor, conferencista y en sus tiradas en las reuniones sociales. Y los empleaba también para leer inigualablemente sus propias composiciones que en el fondo son escritos ante todo para ser leídos de viva voz y no para ser asimilados meramente en silencio.

Sospecho que el ejercicio profesional como abogado de Luis León Herrera también puede ser considerado como una actuación ajena a su más genuina manera de ser. En efecto, cuando una vez lo visité en su oficina como apoderado del Banco de la Nación, me dio la impresión de que estaba desempeñando a desgano un rol que no era el que realmente le correspondía.

LUIS LEÓN HERRERA, DESDE DENTRO

El escritor

Para conocer a Lucho desde dentro había que hacer la experiencia de verlo en su casa, recibiendo amigos en su tertulia o leyendo allí sus textos. Lucho había nacido en Chiclayo en 1925, y puede considerarse que perteneció a la generación del 50. Dentro de ella fue un gran amigo de Leopoldo Chariarse, pero conoció bien además tanto a la rama de los así denominados escritores “puros”, como Jorge Eduardo Eielson o Javier Sologuren, como a los “sociales”,

como Washington Delgado o Alejandro Romualdo. Se afirma que participó en un mítico asalto a una exposición de pintura en la Asociación Nacional de Escritores y Artistas (ANEA).

No obstante, Lucho no comenzó a publicar conjuntamente con los miembros de su generación, sino que se mantuvo como un escritor secreto que sólo leía sus propios textos en su tertulia. Únicamente empezó a divulgar sus escritos en pequeñas publicaciones o en periódicos en la década del 80, es decir cuando tenía más de 50 años! Por entonces sentía que había perdido demasiado tiempo como escritor, que debería haber comenzado a publicar mucho antes, y temía críticas negativas a una edad en que ya debería haber sido reconocido públicamente como poeta o narrador.

¿A qué se debió la tardanza en la publicación de sus textos? Colijo que sobre todo a dos razones. Primero, a que como trabajaba como abogado y a partir de un momento como apoderado del Banco de la Nación, no encontraba correcto fungir al mismo tiempo como poeta o narrador. Y segundo, a que como muchas de las narraciones que compuso procedían de las experiencias que en él habían dejado grandes personajes que había conocido, temía que si las hacía públicas los actores de las mismas pudieran tomar a mal sus relatos. Escuché parcialmente tres de ellos leídos por Lucho. Uno se llamaba *Mi tío* y en ella el personaje protagónico era su tío en la vida real el famoso jurista José León Barandiarán, a quien el autor contraponía en su manuscrito en sus cualidades a su tía, los pasantes de su estudio, los jueces ante los que litigaba, otros juristas o abogados etc., o lo pintaba como poseído de una sed irrefrenable de adquirir un saber jurídico cada vez más omnicompreensivo. Otro manuscrito se denominaba *Mi compadre Pancho* y su personaje principal era el cuñado ecuatoriano de Lucho, a quien éste retrataba como un empresario rudo y pleno de energías que en el texto desafiaba nietzscheanamente a la vida, afirmaba que podía más

que ella y que se la montaba y domaba. Por cierto que el personaje narrado era un producto de la fantasía de Lucho, porque cuando una vez conocí a su cuñado en su casa no me hizo la impresión de estar ni de lejos a la altura de su ruda representación narrativa. Y escuché también parcialmente el manuscrito *Diálogos férreos* en que su personaje protagónico había sido construido sobre la figura del filósofo sanmarquino Juan B. Ferro. Lucho admiraba profundamente sus conocimientos versátiles e informados y su afán de saber siempre todo mejor que sus interlocutores, de modo que en el episodio “El nacimiento de Ferro” mostraba al niño saliendo del vientre materno y dando de inmediato instrucciones a la comadrona sobre cómo debía cortar el cordón umbilical y cómo debía ofrecer atenciones a la parturienta. Conocí bien a don José León Barandiarán y mi impresión es que se hubiera reído de su caricatura en *Mi tío*; pero su esposa, a quien también conocí, sí se hubiera mortificado mucho. El cuñado de Lucho trabajaba en el Ecuador y probablemente nunca se hubiera enterado de la imagen tosca y un tanto bárbara que de él había trazado Lucho en *Mi compadre Pancho*. Y como asimismo conocí bien a Juan B. Ferro, sé que él si se hubiera indignado de la imagen suya que proporcionaban los *Diálogos férreos*.

Con Ferro mantuvo Lucho una relación siempre muy admirativa y discipular. A veces asistía Juan a la tertulia de Lucho y luego de escuchar un poco a los participantes tomaba la palabra y no cesaba de hablar —como los otros asistentes también admiraban su labia y versación no pronunciaban palabra. En caso de que alguien osara interrumpirlo o contradecirlo, Ferro lo fulminaba con una observación que ponía en evidencia la ignorancia y desubicación del insensato. Luego de un par de horas se paraba Ferro y se iba manifestando: ¡qué buena conversación hemos tenido! Una de las razones del respeto que su cuñado Pancho despertaba en Lucho, era haber sido la única persona que una vez había hecho callar al monologante Ferro, que entonces se había hundido en un sillón de lo más desconcertado.

Otro manuscrito que escuché parcialmente fue la *Declaración universal de los derechos bestiales*. Nunca soporté su lectura hasta el final pues me molestaban su exaltación del nazismo y sus violentas diatribas contra la izquierda. Procedía de una época en que León Herrera había adherido realmente a la ideología nazifascista. Posteriormente, Lucho se alejó de la misma y se le hizo consciente que la *Declaración* era una perorata difícilmente publicable.

A fines de la década del setenta, un grupo de amigos y admiradores le pedimos e insistimos a Lucho, para que buscara alguna editorial comercial para publicar uno u otro de sus manuscritos, y me consta que lo hizo, pero que ninguna quiso asumir el riesgo de hacer la edición, pues consideraba que no recuperaría lo invertido, porque los textos eran demasiado literarios. Le indiqué entonces a León Herrera que en este caso él debía asumir parcial o totalmente el costo de la edición con sus ahorros, pero tampoco quiso correr el riesgo de perder lo invertido.

Por fin en 1985 aparecieron en una edición artesanal hecha por Antares los *Cánticos de Agua* de Lucho (Lima: Antares; 24 pp.), conteniendo cuatro cantos dedicados a Jorge Luis Borges, Leopoldo Chiappo, Andrés Carpentier y a Pierre van Roey, Capitán. Son textos muy líricos que alguna vez le fueran leídos a Borges y que éste había aprobado —no me consta personalmente, pero se lo escuché decir a Leopoldo Chiappo, quien no tenía razones para mentir al respecto.

Al año siguiente León Herrera publicó *Animalia y otros relatos* (Lima: Perla, 1986; 79 pp.), que contiene 13 relatos bajo el título del libro, “Disquisiciones” que son prosas poéticas, “Veinte referencias sobre la amada” y el largo relato de inspiración kafkiana “La construcción de un muro”. El conocido peruano inglés James Higgins publicó una reseña sobre el libro¹ en que elogiaba el hedonismo del lenguaje del autor,

1. En "El Dominical" de *El Comercio* del 27 de julio de 1986.

su dominio de las palabras, su poderosa imaginación, pero que a la vez le criticaba la falta de estructuración de algunos relatos, el anacronismo de muchos textos y la repetición de algunos lugares comunes.

Tres años después León Herrera publicó *Inventario de mi alcoba. Testamento para mi padre (pues voy hacia allí). Inventario y testamento del hijo no nacido* (Lima: Universidad Peruana Cayetano Heredia/Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología, 1989; 94 pp.) con una nota prologal de Leopoldo Chiappo. Se trata de un largo monólogo del autor que invoca a su padre muerto y realiza un inventario de su cuarto conteniendo el legado de su padre, sus propios juguetes, libros, retratos etc. Son prosas poéticas llamadas a producir desde el título un sentimiento fantástico de profunda extrañeza.

Muchísimo tiempo debió transcurrir hasta que en 1998 César Toro Montalvo le publicó a Lucho una pequeñísima *plaque* *Confidencias de una anciana* (Lima: Universidad Cristiana del Perú, 14 pp.) con un elogioso prólogo suyo. Contiene un autorretrato poético de León Herrera y tres textos cortos: “Recado femenino”, el relato que da su título a la *plaque* y “Cuándo”. Son otra vez prosas poéticas muy breves.

Finalmente, el año 2000 apareció *Mujer. Ese extraño ser* (Lima: R&V Artes Plásticas; 246 pp.), la publicación más extensa de Lucho que tengo la impresión que no llegó a circular. El ejemplar que poseo me lo obsequió dedicado. Lamentablemente la edición es muy deficiente: tiene demasiadas erratas y a veces hasta consigna el gorro periodístico de algunos textos (por ej.: p. 194). Se trata de una serie heteroclita de consideraciones, prosas poéticas, relatos, frases ingeniosas sobre la mujer. Ella es presentada aquí tanto como superior o inferior al varón, como un ideal con que los hombres sueñan o como su juguete, como el origen de su felicidad o perdición, en tanto madre, hija, esposa, amante, compañera, virgen, prostituta etc.

León Herrera publicó además en antologías, como en: B. Buendía S. (Ed.), *Ciertos y reales...* (Lima, Perla, 1985), donde aparecen dos relatos suyos; y en un volumen al alimón con su tocayo Luis León Salazar *Entre leones* (Lima, SST, 2000).

Lucho escribió asimismo ensayos sobre algunos de sus escritores favoritos: Kafka,² Schopenhauer³ y Gracián –lamentablemente desconozco este último texto o dónde haya aparecido.

A lo anterior se agrega, una considerable cantidad de textos periodísticos publicados a partir de la década del ochenta sobre todo en “El Dominical” de *El Comercio*.

La presentación anterior de los textos publicados e inéditos de Lucho, puede haber proporcionado una idea aproximada de su extensísima y variada producción. Me consta que en los últimos años León Herrera revisó muchos de sus manuscritos y que incluso tomó una secretaria para ello, por lo que muchos deben estar casi listos para ser publicados. Un problema aquí existente es que los manuscritos son muy dispares: contienen textos que son verdaderas joyas y otros que son muy débiles. Como Lucho no publicó sus escritos durante muchos años sino que sólo los leyó en su tertulia compuesta de amigos que eran admiradores incondicionales, ellos no exteriorizaban sus críticas a los textos que oían; y el mismo León Herrera, aunque tenía una vaga conciencia de la desigual calidad de su creación, no podía discernir claramente el grano de la paja en lo que había escrito.

2. “Temas y mensajes en la obra de Franz Kafka”, en: D. Sobrevilla (Ed.), *Introducción a la literatura alemana*, Lima: Cayetano Heredia, 1976: 146-158, y “Franz Kafka y el mundo judío”, en: J. Dajes (Ed.), *Cuatro grandes escritores y el mundo judío*. Lima, 1993: 39-60. En realidad, se trata del mismo artículo.

3. Schopenhauer. “Análisis de un pesimismo positivo”, en: D. Sobrevilla (Ed.), *La filosofía alemana desde Nicolás de Cusa hasta nuestros días*, Lima: Cayetano Heredia, 1978: 169-188.

LA PERSONA HUMANA

¿Cómo era Lucho en la intimidad?, ¿qué pensaba? De la lectura de *Inventario de mi alcoba* y de un texto suyo como “Campanas”, se deduce que reverenciaba a su padre, el gran escritor y folklorista chiclayano Augusto León Barandiarán. En general, Lucho se hallaba muy orgulloso de haber nacido en Chiclayo y muchas veces decía –medio en serio, medio en broma– que era un “rnochica”.

Estudió en el Colegio italiano (también en el Anglo-peruano) en la época previa a la Segunda Guerra Mundial y durante ella, y por entonces se aficionó allí a los desfiles, cantos y ceremonias fascistas que le encantaban. Luego, la influencia de las ideas y fuerte personalidad de un profesor peruano de ascendencia italiana que defendía la concepción política nazi, hizo que por un tiempo adhiriera a esta ideología. De los años cincuenta o sesenta debe proceder la *Declaración universal de los derechos bestiales*, en que, como dijimos, León Herrera dio rienda suelta a su adhesión al fascismo y nazismo y a su inquina por la izquierda.

Pero Lucho era demasiado generoso e inteligente como para permanecer anclado en esta ideología pequeñoburguesa, inhumana y egoísta, de modo que en conversaciones que mantuvimos hacia el final de la década del setenta y que tuvo él con sus amigos judíos, hicieron que cambiara de punto de vista y que abandonara su adhesión al nazi-fascismo, aceptando la verdad de la existencia de los campos de concentración y cámaras de gas y sus horrores. No obstante, conservó siempre un “nazismo festivo” –como él lo llamaba– que ponía de manifiesto en su tertulia, y que no le impidió que tuviera grandes amigos judíos. Sin embargo, el “nazismo festivo” de Lucho lo llevó a protagonizar escenas lamentables, como cuando en una oportunidad unos amigos llevaron a su tertulia, a un famoso filósofo judío que estaba de paso por Lima. Con una falta total de tacto, Lucho escenificó una vez más su “nazismo festivo”, lo que dio lugar

a que el invitado extranjero se retirara indignado señalando que sobre el nazismo y sus crímenes no se puede bromear.

Otra práctica que a veces asumía Lucho en su tertulia, era la de afirmar la inferioridad ingénita de las mujeres frente a los varones con frases que habitualmente se atribuyen a Schopenhauer (“la mujer es un animal de cabellos largos e ideas cortas”) y a Nietzsche (“cuando voy a las mujeres tomo el látigo en las manos”) y con una serie de puyas de confección propia, pero a todos los asistentes les era claro que se trataba de expresiones puramente provocativas. Lucho adoraba a las mujeres, y por cierto sobre todo a su esposa y a su hija.

Un punto en que nunca nos pusimos de acuerdo fue en su respaldo a la gestión de Fujimori. Quizás lo que aquí pesaba era que León Herrera apreciaba cabalmente el valor del acuerdo logrado con el Ecuador, país de donde procedía la esposa de Lucho.

En sus últimos años, él se convirtió en un feroz anticapitalista y antiyanqui y en un gran admirador de la Revolución Cubana. Su anticapitalismo le nació como una reacción visceral ultraconservadora, frente a los excesos ilegales y legales del neoliberalismo: se debió a que perdió parte de sus ahorros a causa de las oscuras prácticas de CLAE, y a que le indignaban profundamente los intereses verdaderamente usurarios que cobran los Bancos por mantener una cuenta de ahorros. Y su antiyanquismo surgió como consecuencia de un viaje por los Estados Unidos al que lo invitaron su hija y su yerno: no le gustaron los ambientes asépticos, las comidas insulsas, las costumbres puritanas –debe decirse a todo esto que Lucho no hablaba ni entendía inglés. Fue probablemente este antiyanquismo el que provocó en los años finales de su vida, su abierta simpatía por la Revolución Cubana y por Fidel Castro, algo totalmente incoherente con el fascismo y nazismo que una vez había profesado, contradicción que él aceptaba de buen grado.

De aquel viaje frustrado por los Estados Unidos regresó Lucho con una conciencia aguzada de las virtudes de los peruanos. Antes sólo había percibido sus defectos: los de la “peruanada”, la “limeñada”, la “criollada” y la “chiclayanada”; ahora captaba que, pese a estas y otras prácticas negativas, los peruanos tienen sus grandes virtudes: son trabajadores, cálidos en el trato, tolerantes e ingeniosos. Redescubrió las excelencias de la comida peruana. Y la belleza de Lima, pese a su falta de limpieza, inseguridad, desorden y malos olores. Y se reconcilió también con la impuntualidad de los limeños, con sus medias mentiras, sus ínfulas vanas, su afán de sacarle siempre la vuelta a las normas. Los miraba con ojos piadosos.

León Herrera era profundamente tradicionalista y antimoderno: su adhesión forzada al mundo actual llegaba hasta la televisión y el teléfono, pero no iba más allá, pese a los esfuerzos de sus hijos, porque incorporara a su vida el fax, el correo electrónico o el celular. Por cierto, nunca tuvo automóvil y siempre viajó en micro o en taxi. Y era un gran peatón.

Lucho no hubiera podido sobrevivir si no hubiera tenido a su lado a su esposa Victoria Dueñas Estrada, quien lo comprendía admirablemente, lo calmaba y a veces lo reincorporaba a la realidad, cuando la vehemencia de algunas de sus reacciones lo sacaban de ella. No debe haber sido fácil la vida a su lado ni para ella ni para sus hijos. Por ejemplo a éstos les disputaba sus juguetes, que atesoraba en su escritorio que cerraba con llave. Ignoro si no obstante les permitía a veces jugar con ellos: él los necesitaba para jugar él mismo, al igual que a los disfraces que guardaba.

Me consta que Lucho amaba profundamente a su esposa y a sus tres hijos: Ricardo, María Victoria y Luis. No conozco en cambio sus intimidades hogareñas, pues nunca fuimos amigos de confianzas. Siempre respetamos el ámbito estrictamente privado del otro.

No obstante sus tiradas contra los judíos, los capitalistas, las mujeres y los amantes de la “peruanada” y la “criollada”, Lucho era incapaz de matar una mosca y era un hombre buenísimo. Dudo que tuviera realmente enemigos, aunque por cierto había gente que no lo quería, pues sólo conocía al Lucho León Herrera visto desde fuera. Pese a que alguna vez publicó en sus artículos periodísticos frases de sentido equívoco contra algún grupo humano, sus lectores se divertían con sus textos y no tomaban en serio sus tiradas. Gozaban además con sus prosas poéticas.

FINAL

Éste es el recuerdo que conservo de Luis M. (Mago) León Herrera. Lo muestra como un hombre por fuera brillante y locuaz, amado por las mujeres y sus alumnos y amigos, como un gran actor que cumplía a cabalidad, aunque con un cierto desgano, sus roles públicos. Por dentro era un escritor que empezó a publicar muy tarde, confrontado con las ideologías de la época, como un gran padre y esposo, amigo de sus amigos y como un hombre bueno a carta cabal y algo estrafalario. Su memoria vivirá así entre nosotros quienes tuvimos el privilegio de conocerlo y disfrutar de su amistad, de sus ocurrencias y de sus escritos. Reposen sus restos en paz